

## CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

“El viejo e ilustre arte de gobernar.” Así calificaba certeramente nuestro Rafael Sánchez Mazas lo que algunos se empeñan en sujetar a normas ideológicas o doctrinarias estrictas. Arte de navegar = Arte de gobernar. El parangón es tan antiguo como la historia del mundo. En la alto, las estrellas, en la noche clara del firmamento. El piloto, al gobernarle de la nave, las contempla y estudia para sujetar el rumbo a nortes perdurables. Pero los escollos, arrecifes y peñascos no se sortean con mirar al cielo, sino empujando con firme pulso el timón. Vientos contrarios exigen bordos zigzagueantes. Quien los tomara a la letra erraría a su vez creyendo que el capitán olvidó itinerario y camino.

Dejemos la imagen náutica para volver a la realidad nacional. Signo preponderante de este bimestre — octubre, noviembre— ha sido una visible tonificación de nuestra posición internacional. España se ha lanzado a subrayar con palabras y con hechos la plena libertad de iniciativa que su soberanía intacta le confiere. Guste o no guste, esta vieja nación de veintiséis millones de habitantes, de reconocida capacidad guerrera, tiene también algo que decir en futuros acuerdos europeos o mundiales. Con olvidarlo, como quieren los archiprudentes que prefieren el silencio a la presencia, nada de provecho se obtendría en el concierto o desconcierto inmediato de los pueblos.

EL DÍA DEL CAUDILLO

El primero de octubre de 1936, España, alzada en armas en julio del mismo año para recobrar los derechos individuales y

primarios de poder vivir, trabajar, rezar a su Dios y educar a sus hijos, conculcados por el gobierno del Frente Popular, designó al General Franco como su Jefe militar y político supremo. Fué en Salamanca, en un modesto aeródromo de campaña, donde con la habitual sencillez de los grandes acontecimientos históricos ocurrió el memorable suceso. España era un pueblo en guerra, y los combatientes, que eran la nación toda, eligieron por el sufragio restringido de las más altas jerarquías castrenses a Franco, Generalísimo y Jefe del Estado. El voto fué plebiscitado después, por el *consensus* del pueblo en una, cada día más ancha, adhesión nacional. Ocho años de mandato sereno y responsable perfilan la figura de este guerrero insigne con el nimbo de los juicios históricos. No sólo "acertó en lo principal", como el personaje calderoniano, sino que supo atemperar el ritmo vertiginoso y tumultuario de los acontecimientos mundiales a su impasible frialdad de gran político. Al cumplirse el octavo aniversario de su exaltación al Mando quiso España celebrarlo con juvenil alegría. Porque éste es el día de la Juventud.

De todas las provincias llegaron escuadras a la gran concentración y desfile. Alguna llegó caminando desde lejanos campamentos, sirviendo la ruta de motivo para una lírica y bella emulación de crónicas viajeras.

En la plaza de la Armería, y ante la fachada de Palacio, se congregaron las juventudes de España. Un inmenso gentío flanqueaba la calzada. A paso rítmico, erguido, firme, desfilaba la mocedad. Canciones ardientes llenas de fe y esperanza rasgaban el aire sutil de la tarde otoñal. Fué un espectáculo hermoso, conmovedor, entusiasta. Si es verdad, como dijo el clásico, que la juventud es la fiebre de la razón, aquel desfile del primero de octubre se nos antojó un delirio febril que nos enajenaba unos instantes de la espesa atonía de los bien pensantes, a quienes las virtudes patrióticas parecen admirables y normales en adolescentes de Eton, Saint Cyr o Potsdam y juzgan en cambio execrable o peligrosa la formación de los españoles de mañana en el culto militante a Dios y a la Patria.

Frente a los balcones de Palacio, que un día contemplaron la odiosa marea de la muchedumbre rugiente, enarbolando banderas rojas y disolventes que significaban la ruptura sangrien-

ta de nuestra unidad moral, marchaban ahora los haces prietos del mocerío peninsular gritando su voluntad de sacrificio, disciplina y grandeza. Son adolescentes y miran hacia el futuro soñando una Patria mejor. Parece un milagro, pero es sencillamente la obra de un régimen. Evoquen los maldicientos las dos estampas que tuvieron por escenario —en abril del 31 y en octubre del 44— el bello recinto de la Plaza de Oriente.

#### PRECISIONES SOBRE LA HISPANIDAD

El "Columbus Day" norteamericano es para nosotros, españoles, la fiesta grande de la Hispanidad. En este día conmemoramos el Descubrimiento, que es tanto como decir la gesta máxima de los tiempos modernos. Pero en esta fecha España rememora, además del suceso jubiloso debido a su afán universal y misionero, la gran coyuntura que modificó sustancialmente, trayectoria y destino de nuestra historia. Al incorporar las tierras del Continente nuevo al mundo conocido, al integrar sus pueblos aborígenes a la fe común y a la civilización, nuestros Reyes transmutaron, acaso sin saberlo, la raíz de nuestra existencia como nación. La pugna contra infieles que durante siete siglos fuera objetivo principal del cetro castellano; la posible expansión africana, secuela de aquella epopéya; la expansión aragonesa en el Mediterráneo; todo ello fué pospuesto ante la magnitud del acontecimiento que iba ensanchando día a día ante los ojos asombrados de los conquistadores la dimensión y la faz del mundo.

España dió de sí, no cuanto podía, sino más que podía. Sus hombres se desparramaron por el orbe. A las provincias americanas cuidaron con celo y mimo excepcionales los Monarcas austríacos y borbónicos en menoscabo de la Metrópoli. Tuvo ello como consecuencias, muchas y graves en el terreno material. Nos arruinamos concienzudamente con el oro de las Indias, tan decantado. Pero en trescientos años de vida común la religión y la lengua vincularon con irresistible ligadura a las diecinueve naciones hermanas que hoy se extienden con variopintas soberanías entre California y el Estrecho de Magallanes. Setenta y cinco millones de seres humanos, miscelánea de razas, "creen en Jesucristo y hablan español", por obra y gracia de nuestro

sacrificio secular. Y al cabo de cuatro siglos sigue en pie una realidad innegable que se ofrece ante los ojos de cualquier observador perspicaz como un factor activo de la política mundial.

A este hecho aludía el Ministro de Asuntos Exteriores en el sustancioso, ceñido y preciso discurso que pronunciara con motivo de la solemnidad. En vez de perderse en polémicas estériles, inventadas por periodistas chirles sobre el alcance y significación sospechosa del término, ¿no es mejor considerar objetivamente la realidad que nos ofrecen estas diecinueve repúblicas americanas con sus formas de vida y de pensamiento heredo-hispánicas, con sus ciudades, sus catedrales, sus universidades, sus pensadores, sus generales, tan significativamente afines a nuestra idiosincrasia común? América hispana o "latina", como dicen los pedantes que desean evitar nuestro nombre, está ahí a la vista de Europa y de América del Norte, con sus virtudes, con sus defectos, pero sobre todo con su peculiaridad insubornable. A nosotros, españoles de hoy, nos cumple en esta hora sombría del mundo extender nuestros brazos fraternos a los pueblos de América en cordial solidaridad de afectos y de anhelos. Porque España, en virtud de la inmensa epopeya, es también un pueblo americano, una nación más de las que forma la Hispanidad.

Pero en América, como Continente, como unidad geográfica, existen también otros factores primordiales: Norteamérica y Portugal. A ellos dirigió Lequerica en su oración, fervidas y calurosas palabras sin regatear un ápice la preponderante y esencial participación de ambas civilizaciones, la anglosajona y la portuguesa, en el milagro del Nuevo Mundo. El Cuerpo Diplomático americano y el Embajador de Portugal allí presentes subrayaron con su aprobación el intencionado discurso que sirvió para puntualizar un tema de suyo delicado y difícil, enconado ahora con la pasión irracional de quienes buscan que-rella y la desean a todo trance para aliviar su despecho.

#### ELECCIONES SINDICALES

El día 22 de octubre se celebraron en España las elecciones sindicales. Ya estamos oyendo el malicioso comentario de

los escépticos que tienen siempre a mano un anecdotario fácil y chabacano para desdeñar los acontecimientos que saltan por encima de ellos. “¿Elecciones sindicales? ¡Bah! Puro *bluff*” —dicen estos caballeros siempre tan enterados de cuanto acontece. “¿Si de lo que tratan es de pegársela a los observadores extranjeros, están frescos!” Y aquí de los que a través de “muy buenas fuentes” saben lo que se piensa y dice en las embajadas X o Z sobre el resultado electoral.

Hasta estas mentes fosilizadas, a quienes el reloj de la sensibilidad se les paró en 1936, cuando no en 1931, o en 1923, no llega la onda bien perceptible de los tiempos nuevos. Para ellos el mundo —su mundo— se sitúa en una bienandanza general que data de la era victoriana y llega hasta la primera guerra europea. Después, un sobresalto y a seguir vegetando bastante bien hasta que en 1930 empieza todo a torcerse otra vez. Las guerras y revoluciones subsiguientes son contratiempos pasajeros que hacen retrasarse la “vueltita a la normalidad”. Porque es evidente —así lo creen estos hombres— que se volverá a la normalidad algún día.

Su reacción ante las elecciones sindicales muestra bien a las claras la incomprensión total del problema. Las elecciones sindicales no eran, como es bien notorio, un plebiscito sobre el régimen, ni una consulta política definitiva. Eran otra cosa. Eran un ensayo, una trascendental y considerable experiencia que la total normalidad fisiológica del cuerpo nacional permitía sin riesgo alguno realizar. Las elecciones de cargos sindicales no han sido sino la puesta en funcionamiento de un organismo que se concibió como útil y necesario para encuadrar a la gran masa de los trabajadores españoles y disciplinar al propio tiempo a las empresas en una corporación de interés nacional y de derecho público. Después de largos tanteos y prudentes reformas, como en cualquier proceso de esta índole ha ocurrido siempre, pareció llegado el momento de ensayar el funcionamiento del mecanismo elector. ¡Sorpresa general! La movilización de los afiliados a los distintos gremios, oficios y empresas fué unánime y entusiasta. Ningún reparo en votar al compañero de oficio y de trabajo había en las colas de los electores, por el hecho de que no hubiese muñidores, compras de votos, bolillas, apoderados, matones y urnas rotas. Estos habituales acompañantes

del sufragio inorgánico brillaron por su ausencia y no se echaron de menos en la masa de los votantes, que era la de la España que trabaja. Otro detalle: el antiguo "proletariado" se adaptaba perfectamente a los moldes orgánicos que el Estado español le va ofreciendo para garantizar sus derechos y encauzar sus deberes. Donde más lucido fué el porcentaje de los votantes era precisamente en las provincias de mayor densidad marxista de la anteguerra. ¿Coincidencia incluso sospechosa?, apuntarán los timoratos. Más sencillo y explicable: normal evolución de la masa obrera revolucionaria, desintoxicada, a los cauces del sindicalismo nacional. Sigán sin enterarse los ciegos descontentos. Mientras tanto la España que trabaja y que sufre, pugna por abrirse camino en sus justas aspiraciones, que el Régimen comprende, recoge y alienta. La Europa socializada de la postguerra actual, que ya se adivina —en cualquier hipótesis—, no podrá perturbar con el contagio de sus peligrosas turbulencias la estabilidad social del nuevo sistema cimentado con sangre y edificado con arreglo a severas normas de justicia y equidad.

#### UNA TARTARINADA

Tartarín, perdida la guerra española, llámese Riquelme o como quiera, afincó en la Provenza y en el Mediodía francés con ánimo de hacer una bizarra guerra de frases y discursos contra nuestro Movimiento y nuestra España. Tartarín se asustó bastante al llegar los alemanes, pero al cabo del tiempo se fué habituando y promiscuó cuanto se pudo con el ocupante. Cuando la guerra se tornó sombría para el bando que iba ganando y risueña para los que iban de vencida, Tartarín se hizo un terrible "maquisard". A él no le iba ni le venía nada en aquel pleito, pero el recuerdo de las requisas tan sustanciosas de sus tiempos de matón republicano español le empujaba con frenesí al campo. Pronto el otro "maquis" —el auténtico y heroico, al que todos los respetos son debidos— empezó a sufrir la incomodidad, la impertinencia, las tropelías, los crímenes que los refugiados españoles, disfrazados de "libertadores", prodigaban sin tasa.

Un día el ocupante se retiró, acuciado por las batallas de invasión ganadas por los anglosaques en el Norte de

Francia. Gran parte del Sur de la nación vecina quedaba en manos del voluntariado en armas de toda especie. Entonces Tartarín aprovechó la ocasión y el barullo de los primeros momentos y se lanzó a la acción. Ocupó las fronteras pirenaicas y un par de estaciones de radio. Desde estas últimas empezó a insuñar, con el lenguaje de costumbre, los sentimientos, las creencias y el decoro de España y de los españoles. Desde la frontera montañosa, parapetado arteralmente en una soberanía menoscabada temporalmente, pero exquisitamente respetada por nosotros, Tartarín dió comienzo a su arriesgada campaña de invasión, para libertar a España no sabemos de qué terribles males que la sojuzgan.

Unos cientos de hombres, cuyas cabezas fueron previamente maceradas con propagandas imbéciles, se lanzaron por breñas y montes de Navarra, Aragón y Cataluña esperando ser acogidos como liberadores. Fueron acogidos a tiros, naturalmente, no ya por las fuerzas del Ejército y de Orden público, que los aniquilaron en pocas horas, sino por la espontánea reacción del pueblo entero, dispuesto a luchar en masa contra los asesinos de Calvo Sotelo, de Pradera y de José Antonio. Que esta fué la más elocuente lección desprendida del lamentable incidente: la resuelta voluntad popular en aldeas y villorrios, catalanes, aragoneses o navarros, de acabar pronto y ejemplarmente con tales facinerosos. El mayor enemigo de los rojos expatriados no pudo haberles aconsejado cosa más disparatada y contraproducente. Pues ningún estímulo necesita el Régimen, ciertamente, pero ningún aglutinante existe tampoco capaz de poner en pie a los españoles en dos segundos como éste de presentarles a la vista unas partidas de milicianos en armas con sus propósitos habituales de crimen y revuelta. La opinión española sintió una sacudida medular ante el episodio y los Tartarines organizadores de la expedición ordenaron la retirada desde sus puestos de mando de Toulouse o de Pau. Unos cuantos centenares de muertos les costó la infame aventura, pero ya cierta prensa extranjera pudo celebrar los "gravísimos sucesos de la frontera" con el júbilo y los embustes de costumbre.

## LAS DECLARACIONES DEL CAUDILLO A LA "UNITED PRESS"

Corramos esta crónica con una breve glosa de la entrevista concedida por el Jefe del Estado a Bradford, el brillante periodista de la *United*, de paso por España. En el curso de esta visita quiso el Generalísimo hacer unas declaraciones de trascendencia. Por sobradamente conocidas no insistimos en divulgarlas de nuevo en estas páginas. Únicamente daremos cuenta de su indudable repercusión —no sólo externa, sino interior—. Las declaraciones de Franco representan un manojo de argumentos dialécticos de primer orden sobre el candente tema de nuestra posición en el mundo. Frente a cierta conjura de fuerzas turbias y poderosas a quienes la traición bochornosa de los expatriados rojos alimenta a diario de patrañas e infundios, era preciso reaccionar y actuar además de prisa. El tiempo no trabaja siempre a favor de una causa si los que la defenden no trabajan con el tiempo. Nada tan ingenuo y tan falso como suponer que las circunstancias futuras hayan de sernos siempre favorables. Hay que obrar, prever, adelantarse a los acontecimientos. No es otra la sustancia de una buena diplomacia. No hay ni ha habido nunca, por otra parte, acontecimientos inevitables en política. Todo es evitable y pudo suceder de otra manera. El libre albedrío de los sucesos es la raíz misma de la historia.

Así, nuestro Jefe del Estado declara en público y posita y define muchas cosas que estuvieron veladas por las circunstancias. Para los asustadizos hubiera sido mejor el silencio y la ausencia de toda iniciativa, "para que se olviden de nosotros", *slogen* de moda de los pusilánimos. Enérgicamente, el Caudillo ha querido que, por el contrario, nuestra voz y nuestra posición se conocieran a la luz del día. Que España nada tiene que ocultar de su pasado inmediato y sí, en cambio, puede ofrecer mucho para un futuro próximo, con su potencial humano intacto, su economía recuperada, su anticomunismo activo. Cuando el tropel de los inquisidores ultrademocráticos cese en su algarabía fanática, volverá el realismo tradicional de la política anglosajona a considerar fríamente el hecho de los veintiséis millones de habitantes asentados entre el Pirineo y



el Estrecho, dispuestos a defender con las armas el régimen que conquistaron por la sangre y consolidaron con el asentimiento popular.

En el interior del país el rencor indisimulado de muchos que se frotaban antaño las manos descontando repúblicas y reputando imposibles ciertos virajes de rumbo, confirma mejor que otros argumentos el acierto de la posición tomada. "Ladran, luego cabalgamos."

\* \* \*

